

## SUEÑO REALIZADO

## I

No es difícil soñar lo que deseamos, si lo es más realizar lo deseado. De ansias de atrapar la fortuna henchidos, llegaban todos y cada uno de los que á esta América llegaban. Si ninguno volvió desairado fué porque no volvió, no porque se satisficiera de fortuna, que mayor ansiaban cuanto más se acrecentaba.

La actividad, la energía, la perseverancia en el trabajo, la confianza en los propios esfuerzos resultan verdaderos milagros, más cuando *llovia milagros*, pues como tal apreciaban cualquier hecho singular nuestros sencillos labradores en aquellos buenos tiempos.

Y con esto basta y sobra para explicar del modo más natural un hecho que el fundador de San Isidro atribuyó á milagro del mismo.

El domingo 15 de mayo de 1698, camino de las Cañitas seguía cierto capitán de esta guarnición, y saliendo de Montes Grandes, llegó á la cima de la barranca que domina el bosque alegre, antes que las célebres cacerías de patos á cañonazos en sus riberas mancharan su verdor y su alegría, como la reputación de algunas damas que acompañaron en sus meriendas al virrey galante.

Fatigado iba el viajero, cuando acercándose á un coposo espinillo cuya sombra invitaba al reposo, mandó á su guía Antonio que tendiera el recado allí, mientras pasaban los caballos.

Y como su último pensamiento fuera sobre riquezas que en aquella hermosa comarca beneficiaría el labrador perseverante, con idea tan fija como si dormido siguiera su visión, continuó soñando sobre el mismo tema que despierto le impresionara.

A poco de empezar su intranquila siesta, despertó de pronto sobresaltado y sonriente, saboreando delicioso ensueño de riquezas. Color de rosa era éste, y hasta las doradas aromas que ligera brisa desprendía, lluvia de gotas de oro antojábansele cayendo del misterioso árbol de la fortuna.

Hincándose bajo el frondoso ramaje, hizo solemne promesa á San Isidro, patrón de su pueblo y cuya conmemoración era aquel día, de levantar una capilla para que no carecieran de misa los labradores del pago, si su sueño de riqueza llegaba á realizarse. Mientras mandaba ensillar al vaqueano, grabó una cruz con su largo cuchillo de monte, siguiendo viaje hacia el Puerto de las Conchas.

Era ese activo español D. Domingo Ascasuso vecino de la coronada villa, quien de regreso de los tercios españoles en Flandes, desembarcara en estas riberas con su luciente espada por única fortuna.

El gobernador Herrera le había confiado instrucciones para el alcalde de las Conchas, con objeto de apresar en su puerto dos goletas, expedidas de contrabando por nuestros celosos vecinos portugueses de la colonia del Sacramento. Decomisadas á tiempo, fueron de espléndidos resultados para autoridades y apesadores; y doscientos doblones correspondieron á quien condujo tan oportuno aviso; por lo que, colgando su espada, abrió una pequeña tienda frente á la puerta atraviesa de la Catedral.....

## II

Transcurrido algún tiempo, recibió de una casa de comercio, corresponsal de otra de Lima, seis cuñetes de tachuelas doradas para tachonar sillones de baqueta. Gran sorpresa tuvo cuando, al abrir el primero, le encontrara lleno de oro, y de espaldas cayó al relumbrar lo mismo en el segundo. El sueño de la lluvia de oro bajo el aromero de las barrancas se realizaba.

Llamado el vendedor, destapó por sus propias manos los restantes, en que tachuelas de cobre sólo aparecieron. Hechas las investigaciones del caso, contestó D. Juan Palomares con fecha 6 de junio de 1702, principal de la casa de Lima, á su corresponsal García en ésta, que él no tenía la culpa de la mistificación. No apareciendo otro con mejor derecho al hallazgo, previa conferencia con el cura de la vereda de enfrente sobre el milagro de los clavos, guardó el oro por aquello de que «á quien Dios se

la diere, San Pedro se la bendiga,» donando los clavos (el producto de cuatro barriles) limosna á la iglesia, en la que, desde su trastienda, oía misa cuando salía en el altar transversal frente á su mostrador, calle hoy de San Martín.

Y así como aquellos doscientos doblones con que se premió su oportuno aviso del contrabando decomisado le sirvieran de habilitación para tienda que prosperaba en tan santa vecindad, estos polvos, sin ser los de la madre Celestina, trajéronle el recuerdo de su sueño, y fué una angosta y larga zona (trescientas varas de ancho por una legua de fondo, desde la lengua del agua) los primeros que adquirió allí, hasta el presente llamados «terrenos del Santo.»

Con sus propias manos empezó el honrado D. Domingo á labrar la tierra, las vísperas de los días de su nombre, cuando al cerrar cuéntas de semana llegaba á paso de mula hasta Montes Grandes.

Así un año y dos transcurrieron, acrecentando rápida fortuna, extendiendo sus negocios y labranzas, sin hacer memoria de la segunda parte en el sueño de la lluvia de oro.

A renovar ésta llegó una tarde el fiel asistente Antonio, cierto día de días de su antiguo capitán, y en los recuerdos de viajes y aventuras vino el de la promesa de capilla al Santo Patrón de su pueblo, y entonces, reprochándose su desmemoramiento, activó diligencias para darle inmediato cumplimiento.

Del amarillento papelito carcomido que las ratas de la curia respetaron en el archivo á cargo del cartulario de Su Majestad, Francisco de Angulo, extractamos lo que sigue:

«El 5 de octubre de 1706 se concedió licencia al capitán D. Domingo Ascasuso para la fundación que solicitaba de una capilla en el pago que llaman de Montes Grandes, con objeto de que los vecinos pobres logren el bien de tener misa los domingos y días de fiesta, disponiendo erigir y labrarla en el lugar de su chacra poblada, por ser el comedio del pago, fundando un capellán de misas *ad perpetuam*. Para que tenga quien les socorra en sus necesidades espirituales, funda una capilla de dos mil pesos de principal, sobre fincas ciertas y seguras, con el gravamen de veinte misas. Donando (agrega) la dicha capilla á mi referida chacra, de cuyo fruto gozarán los capellanes el interés de dicho principal y demás emolumentos que produjese su asistencia. Me nombro y elijo por tal patrono durante los días de mi vida, y para después de ellos, elijo á mis hijos y sucesores. Item: nombro y señalo por primer capellán al licenciado Fernando Ruiz, y después de su fallecimiento, llamo á la dicha capella-

nía á mis hijos y sucesores, y en su defecto, á los de los parientes más propincuos míos, y por falta de todos, á los hijos del capitán senador Delgado, vecino de esta ciudad. Deseo que se le celebre fiesta al señor San Isidro en su día (15 de mayo) perpetuamente para siempre jamás, haciendo fiestas solemnes con repiques de campanas y procesión, sacando el Santo en andas alrededor de la capilla, pidiéndole el buen suceso de las mieses, y cosechas del año.»

Agradecemos de paso vivamente al ilustrado Sr. D. Manuel Aguirre, uno de los más antiguos vecinos y benefactores del histórico pueblo de San Isidro, el documento transcrito, que hace cuarenta años hizo copiar de los empolvados protocolos á cargo del escribano Conde expresamente para nosotros.

Hasta el presente las piadosas vecinas se oponen á sacar las nuevas imágenes obsequiadas por el Sr. D. Domingo Marín, siendo las primitivas, San Isidro con el arado y la de su mujer Santa María Cabezas, las que procesionan alrededor del templo, cumpliendo la voluntad del fundador. Gran placer nos dió ver filantrópicas de tan reconocida piedad como las señoras Isabel Armstrong de Elortondo, Enriqueta Lezica de Dorrego, Mercedes Castellano de Anchorena y Rosario Peña de Bosch, llevando sobre sus hombros la imagen de Santa María en su última procesión.

### III

Alzando las miradas al cielo, por todas partes nos revela la naturaleza el Omnipotente Hacedor, despertando los dones que recibimos ese sentimiento innato grabado en lo más profundo de nuestro ser, moviéndonos á su reconocimiento; y esto que forma el eslabón invisible de la religión congrega á los hombres, pues cierto es que la primera piedra de toda sociedad fué un altar. Así alrededor de la agreste ermita nació un pueblo. Los labradores esparcidos por esas lomas no tuvieron centro hasta que el sueño de una tarde de verano convirtiése en hermosa realidad. Sobre el tronco del árbol en que Ascasuso soñara su fortuna, levantó el primer altar, y ensanchada la capilla por las necesidades del vecindario, el 15 de mayo de 1730 se inauguraba una más larga iglesia de bóveda, que estrecha ya á su vez, y dentro de su propio perímetro, se bendice hoy el hermoso templo gótico, en la ejecución de cuyos planos (de Ducán y Packenham) tan hábil participación ha tenido el activo é ilustrado ingeniero don Santiago Brian.

Así aquella iglesia votiva dió vida á un pueblo, que no lo era antes de

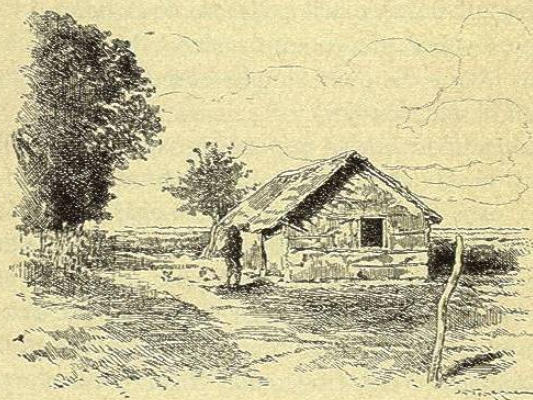
su erección. La fertilidad de su suelo produjo las más abundantes cosechas del renombrado trigo de la costa, y lo bonancible de su clima le acrecentó, á punto de que hubo época en que las familias de más auge se disputaban un palmo de las «tierras del Santo.» Desde Medrano hasta Punta Chica, tras los fundadores y la numerosa descendencia de Marquez, Espeleta, Rúa, Alvarez, por todo lo largo de la costa y sobre sus hermosas barrancas, florecieron las antiguas chacras de Beláustegui, Sánchez, Uriarte, Sáenz Valiente, Pueyrredón, Anchorena, Pelliza, Alfaro, Azcuénaga, Marín, Ibáñez, García Zúñiga, Cano, Llavallol, Sorondo, Parravicini, Arana, Aguirre, Carreras, Santa Coloma, Pacheco, Vernet, Escalada, Wright, Medrano, Obarrio, Elizalde, Soriano, Cazón, Bilbao, Milberg, Castro, Elortondo, Insiarte, Justo, García, Crisol, Palma, Rolón, Lezica, Gómez, Becar, Haedo y otras que vinieron á reemplazar la baja casa chata de teja colorada, rodeada de anchos corredores á los cuatro vientos, por espléndidas mansiones de recreo: verdaderos palacios, como los de Bosch, y magníficos parques, como el del Sr. D. Juan Esteban de Anchorena.

Alrededor de su primitiva iglesia floreció el pueblo de San Isidro, que al presente, y aun después de haber dado vida á otros centros, *Villa Martínez* y Pueblo *Mitre*, en los sesenta y cinco kilómetros cuadrados que restan á su partido, de sus diez mil habitantes, mil doscientos niños concurren á sus escuelas.

Más que el «Ombú de San Martín,» á cuya sombra platicara éste con Alvear y Pueyrredón, sobre el mismo tronco en que Belgrano meditaba sus planes en las vísperas de mayo; más viejo que «Ombú de la Espera,» hasta donde llegaban alegres cabalgatas de las que iban á esperar sus *cuyos*, cuando en la tarde de los sábados venían cayendo alegres puebleros, son los «tres Ombúes,» que á espaldas de la iglesia prestaron sombra amiga á tiernos coloquios, en la hora en que la luna llena se levanta majestuosa y espléndida sobre el horizonte inmenso del Plata, como subiendo á sorprender dulces misterios de amor. Ultimo representante de una raza que se extingue, como sus congéneres del bosque alegre, cae desfalleciente, ya sin savia, después de doscientos años, el inmenso espinillo dentro del amplio patio de la casa del Sr. Anchorena, al mismo tiempo que sobre el tronco de su gemelo, calle por medio, se alza la tercera iglesia donde el generoso y caritativo capitán español fundó la primera.

¡Y he aquí para muchos incrédulos el verdadero milagro! Que un activo capitán español, llegado en busca de fortuna, la soñara rápida y cuantiosa al arribar á América, el sueño era de todas las siestas en cada uno

de los que del otro mundo llegaban á las regiones del Plata, pues convencidos venían de tropezar con mina boyante al desembarcar. Tampoco gran milagro fuera que de la tierra del oro vinieran polvos de lo mismo, en algún cambio subversivo, que transbordo en contrabando no figuraba en papeles, libros ó conocimientos. Verdadero y mayor milagro puede, sí, reputarse el que, en época de tanto indiferentismo religioso, realiza la iniciación de la piadosa señora Mercedes Aguirre de Anchorena, como las activas vecinas de la comisión que preside, habiendo levantado en dos años ese bello templo, que deseamos cobije por otros doscientos, así al humilde labrador, como á cuantos confían en la religión de la Cruz que extiende sus brazos amparando á todos.





## CUENTO DENTRO DE UNA CAMPANA

### I

Hoy se corona el hombre más poderoso de la tierra.

¿En su vasto dominio y con tanto poder, crearán ustedes que no le tiene para hacer lo que cualquier simple mortal en achaques de corazón, ni para elegir su media naranja?

El actual emperador, que se casó no sin vencer montañas de dificultades, más altas que las de Balkanes, lo hizo frente al lecho mortuario de su padre, quien para despejar el paso anduvo apartando más de dos pares de hermosas bailarinas, prendidas como alacranes á sus faldones.

Ese mismo padre moribundo, si llegó á ser emperador por carambola, tampoco tuvo independencia para elegir su cara mitad. Por sus calaveradas y otras hierbas fallecía prematuramente, extenuado en la aurora de su juventud, el primogénito del emperador Nicolás, cuando en sus últimos momentos escribió á su hermano: «Puesto que por mi muerte dejo á ti la corona más poderosa de la tierra, te pido, buen hermano, que antes de ella tomes á quien como ninguna otra te ayudará á llevarla.»

Corona inesperada, y mujer lo mismo, enviado todo en un lote de Ni-za á San Petersburgo, debía pasar esta última por Dinamarca ante aquel prudente suegro de la Europa monárquica, como ha venido á resultar el decano de los reyes desde aquella isla microscópica.

Al abuelo del joven soberano que hoy se corona le sucedió algo parecido, como á su bisabuelo y tatarabuelo; y tan vieja es la costumbre de que los emperadores de Rusia, con todo su poder, no lo tienen para pasear á

solas, ni para elegir mujer, que cual eco lejano resonando dentro de su gran campana, la tradición que en el interior de ella se nos contó comprueba lo mismo desde trescientos años atrás.

Por esto, al ver pasar al anterior soberano de la Rusia sobre el puente en que los nihilistas hicieron volar á su padre, oíamos decir á otro turista francés:

—¿En qué se parecen los czares á los sentenciados?

—En que sólo pueden marchar entre doble fila de soldados.

Malo se está poniendo el oficio de emperador, pues que si el actual vaciló tanto como su padre para llegar á coronarse en la antigua Roma de los moscovitas, fué sin duda porque al padre como al hijo y al abuelo, igual número de trenes hicieron saltar en ese caminito.

He aquí la tradición que nuestro guía tradujo no ha mucho dentro de la gran campana de Moscow, al salir del Kremlin, donde á estas horas se corona Alejandro III.

Antigua era la costumbre de que los czares eligieran esposa entre las doncellas pobres de la baja nobleza, siendo éstas conducidas por sus madres á palacio. Presentadas á la czarina madre, se las hospedaba en el gran salón que acabábamos de visitar, quedando cada una sola con la doncella que llevaba sus vestidos de noche.

A mitad de ésta, el czar Miguel Romanoff, fundador de la actual familia imperial (en 1616), acompañado por su madre, vino á recorrer la doble fila de lechos, en dos rangos extendida: la candidata á novia en uno, y su doncella en más baja tarima á sus pies.

¡Y qué de hermosas cosas llegaría á entrever el muy ducho á través de holandas, encajes y pieles de Rusia, que encubrían á medias vírgenes temblando, menos por el frío ó rubor, que de zozobra y ambición á una corona poderosa, capaz de deslumbrar á la Eva menos tentada.

¡Poco era el cambio para la que se acostaba simple doncella y despertara reina de todas las Rusias!

Terminada la interesante incursión nocturna, grande fué la sorpresa de la czarina Marta interrogando á su hijo por el resultado de su elección, al contestarle con toda ingenuidad:

—Madre, ninguna de las nobles es de mi gusto. Prefiero la sierva de la última tarima.

Azorada, sin dar crédito á lo que oía:

—Reflexiona—le dijo la czarina—á qué extremo podría llegar el orgullo herido de los príncipes y boyardos por tal desaire. Vuelve á una segunda y más detenida inspección entre dos luces, para ser mejor ilumina-

do. Antes que aparezca el sol debo anunciar al patriarca cuál es la elegida.

—Salga el sol por Antequera (nuestro *cicerone* era el cónsul de España en Moscow), tras el Volga ó sobre el Neva, antes ó después de su salida, puedes anunciarla. Mi elección es irrevocable.

—¡Hijo amado! Mira á lo que te expones; sólo has visto doncellas á media luz. Que ésta se aumente, abre bien los ojos, y también las ventanas, al aclarar el día.

—Aunque se abran todas las cortinas, holandas y muselinas, no desisto. He obedecido á la voluntad de Dios y á la tuya en aceptar una corona que con asaz frecuencia curva bajo su peso la cabeza que la lleva. No osaré ir contra tu deseo; siempre fuiste mi consejera y mi sostén. Obraré según tu voluntad, pero sobre el corazón no se manda, y jamás el mío consentirá en amar á otra. Es mi destino ser siempre desgraciado. Perdí mi primera esposa al mes de serlo, y hoy se me aleja la de mi elección. No es la más hermosa, pero sí la que tiene cara de más buena, la belleza del corazón. Siempre he dado oídos al mío; nunca me engañaron sus presentimientos. No es de alto rango, lo soy yo. Es pobre, yo soy rico: nos complementamos. Ella es desgraciada, y en esto somos iguales. Recuerda, madre mía, cuánto he sufrido y cuánto he sido perseguido desde la cuna— exclamó llorando.

¡Qué corazón de madre puede resistir ante las lágrimas del sér querido!

—¡Oh, mi hijo bien amado!—contestó la czarina.—¿No he sufrido yo también? Mi marido se extinguió en tierra extraña. ¡Cuántas veces he visto levantadas las armas sobre ti! La Providencia te ha protegido reservándote para gobernar esta tierra. ¡Que la voluntad de Dios se cumpla! No iré yo contra tu deseo. Toma por esposa la que tu corazón elija.

Informándose sobre ésta, resultó parienta, aunque lejana, de la noble doncella que acompañaba, hija de gentilhombre venido á menos y retirado á labrar la tierra en la de su nacimiento.

## II

A la mañana siguiente, Eudosa, la elegida, ya con las reales vestiduras, fué introducida al departamento del czar, donde éste le llamó su novia ante Dios, y la futura suegra *su hija muy querida*. El clero de todas las Rusias elevó plegarias al Rey de los reyes, que abate el orgullo de los hombres y eleva la virtud desconocida.

Sobre la plaza roja los habitantes de Moscow aclamaron entre vítores y aplausos la real pareja, y después del Tedéum, en esta misma iglesia de cuya torre cayó la campana que referimos, las hijas de los príncipes y bo-

yardos vinieron á presentar sus homenajes á la real novia, besando su cruz. Toda confusa, no permitió se le besara la mano, adelantándose á abrazar cordialmente á cada una de las jóvenes que con ella habían concurrido de todas las provincias del imperio. Su lejana parienta y *orgullosa señorita* llegó la última. Temblorosa y deshecha en lágrimas se arrojó á sus pies, exclamando:

—¡Oh, mi soberana! Olvida los malos tratamientos que te habré causado. ¡En nombre de Dios, perdóname!

Esta la alzó diciendo:

—Tú también perdóname si por mi mal servicio te he irritado alguna vez. ¡Que Dios te acuerde el perdón!

Tocante fué la escena á la llegada de su padre el anciano Strieschief desde su aldea de Molaïsk, donde le encontraron los enviados del czar guiando personalmente su arado. Él y la czarina Marta, después de salir á recibirle, dejaron al padre y á la hija librados á las naturales expansiones, pensando que en los palacios, como bajo todo techo, las caricias paternales son el primer bien y la primera riqueza de la vida. El padre, conmovido, tomó su modesta Eudosa por la mano, y ambos se arrodillaron ante la imagen de la Madre de Dios....

Toda confusa y llorando se arrojó en brazos del honrado anciano.

—¡Padre!—le dijo,—jamás había pensado ser la novia del czar.

—Dios lo ha querido—le respondió;—Él es quien desde la cabaña te conduce al palacio, y el que cambia la pobreza y la miseria en honor y en gloria. Dios te ha predestinado. No olvides darle gracias; es sólo por estos actos por los que es dable llorar. ¡Qué gracia habría en ser grande solamente por el nacimiento, si nuestras acciones son bajas y sin grandeza! Sé fiel de corazón á tu esposo; no seas orgullosa con nadie, visita á los desgraciados, socorre á los indigentes; recuerda que tú has sido pobre y desgraciada antes que Dios, el padre de las huérfanas y protector de los pobres, te guardara para amarles, y que Él te pedirá cuenta de las lágrimas de los pobres y de cada suspiro de infeliz que tú hayas desechado. Recuerda lo que has sido y lo que eres, sobre todo; que es de Dios de quien recibes todo esto. No olvides su misericordia, guarda sus preceptos, parte todo lo que tengas con los pobres; ellos son tus hermanos, y no oprimas á nadie, cuando tú misma fuiste desgraciada. Recuerda que toda grandeza terrestre no es sino vanidad, y que una sola palabra de Dios te puede hacer volver á la nada. Sólo en él reside el poder.»

Tal fué el cuento dentro de una campana, que nuestro guía nos refirió. Como es de suponer, la campana de Moscow no es campanilla de bolsi-

Ho, pues por ser la más grande hasta hoy, se llama la *Reina de las campanas*. Fundida en 1733, en la aleación de sus metales hállanse bronce de cañones de todas las naciones que la poderosa Rusia sometiera. De seis metros de altura y otros tantos de diámetro, pesa doscientos cuarenta y seis mil quinientos kilogramos. Desprendiéndose del campanario de la iglesia de Iván Velick, se rasgó, saltando un gran bloque. Posteriormente alzada sobre pedestal de mampostería, se suben cuatro escalones para penetrar en ella por el boquete abierto al romperse en su caída. El viajero se encuentra como en una pieza de gruesos muros de bronce de veinte metros cuadrados, amplitud mayor que la de los dormitorios de muchos hoteles.

Al salir de ella nuestro ilustrado cicerone Mr. Bawer, cónsul de España en Moscow, nos hizo notar, entre la infinidad de nombres grabados en el interior de la reina de las campanas, bajo el nombre del duque de Osuna, embajador de España allí para la coronación de Nicolás I, el de Villanokoff, apellido del célebre teniente de la guardia argentina D. Benigno Villanueva, cuyas hazañas durante la guerra de Crimea le hicieron ascender hasta general del ejército ruso, y de quien el general Paz hace honroso recuerdo en sus *Memorias*.

El día de la coronación de Alejandro III no encontramos mejor augurio para saludarle que los deseos de que sea digno émulo del fundador de su dinastía, el Miguel de nuestro cuento, quien en su largo reinado de treinta años esparció las mejores semillas. Él, ante todo, daba oídos á su propio corazón, siguiendo sus nobles inspiraciones, pues que en las heladas estepas de la Rusia, como en las ardientes riberas argentinas, en todas partes el corazón del hombre es su destino.

Sin creerse como el fatuo que declaró en Francia «el Estado soy yo,» grandes servicios prestó á su patria: consolidando el poder de la Rusia, abriendo sus puertos al comercio europeo y desplegando actividad sin igual, echó las bases de obras que impulsaron la civilización en tan vasto país. De aquí puede decirse que la Rusia vino al mundo, ó se reveló ante las naciones «cuna de los czares» que fundaron la unidad de la antigua Rusia: lo fué entre ellos la de Pedro *el Grande*, reformador del imperio, á quien dió nueva capital en la que con su nombre fundara: «Ciudad de Pedro.»

Al salir del Kremlin tan amado de los rusos, parecíanos haber encontrado dentro de su histórica campana algo como un eco de su antigua gloria, allí donde el águila protectora fijó su nido en medio de las verdes colinas, cubriendo, al desplegar sus alas gigantescas, toda la Santa Rusia.

Muchos son los rusos que ya han arribado á esta lejana ribera en busca de lo que allí no encontraron. Esperamos que un día no lejano pueda

desde el Kremlin gritarse: «Ya no *la vida por el czar,*» sino: «El czar por su pueblo!»

La joven Rusia sabe que si es poderosa la corona que hoy ciñe la frente de su soberana, hay otra más grande y esplendente tejida entre las bendiciones del pueblo, que sólo llega á obtenerla el que se sacrifica por él.

*Post-scriptum.*—Así como la Naturaleza en su desenvolvimiento suele presentar las más raras coincidencias, la historia supera en sus extraordinariedades las más exaltadas fantasías. Ya no una humilde campesina elevada al más poderoso trono, como en el origen de la familia Romanoff, sino una pobre esclava de abyecto padre nacida, que llegó á vender su propia sangre, es la mujer que hoy se sienta por segunda vez en el trono, rigiendo cuatrocientos millones de seres humanos. De esclava á emperatriz ha llegado la ilustrada Yin-Ling en el país de las maravillas. Citamos el hecho en comprobación de que no es fantasía lo que narramos, pues que en China como en Rusia pastoras y esclavas en más de una ocasión llevaron con dignidad el cetro.

Somos todos de la misma masa, y así en el uno como en el opuesto extremo de la tierra, no sólo en la República, el último puede llegar á ser el primero. El joven czar, que fué saludado en Cronstadt como una esperanza para la Francia, se presenta hoy como una esperanza para la humanidad. Después de dar mayor libertad á los siervos al inaugurar la inmensa vía férrea transiberiana, proponiendo el desarme de las naciones ofrece la paz, la deseada paz sobre la tierra.

